

¿Son Realmente Necesarias las Procesiones durante la Misa?

Una imagen bíblica, común en la Escritura pero a menudo devaluada por nuestra conciencia contemporánea, es aquella del pueblo de Dios en un viaje, moviéndose juntos en un estilo ordenado hacia un destino lejano. Un viaje particularmente importante para nosotros en nuestra historia religiosa es la “procesión” del Éxodo del pueblo escogido a través del Mar Rojo, de la esclavitud de Egipto a la libertad. Después que los Israelitas se asentaron en la tierra prometida, los peregrinajes al templo de Jerusalén pueden ser vistos como una forma de procesión hacia el lugar en que los corderos pascuales serían sacrificados. De hecho, los Salmos 120 a 134 tienen todos el título de “un canto de ascenso” y fueron utilizados probablemente durante las procesiones de peregrinos subiendo la colina hacia Jerusalén para las mayores fiestas religiosas.

En nuestra historia personal, nuestra vida puede ser vista como un viaje, una “procesión”, desde el nacimiento hasta la muerte, del vientre a la tumba. Este itinerario de vida es celebrado litúrgicamente, idealmente, con las procesiones desde la puerta de la iglesia a la nave central, y luego a la pila durante los ritos bautismales; y más tarde en el viaje hacia la iglesia y al cementerio como parte de los ritos del funeral. Estos viajes formalmente estilizados no son meramente modos prácticos para que un grupo cambie de lugar. Son un viaje simbólico de nuestro itinerario hacia nuestra eterna morada con Dios.

Una procesión que puede afectar más profundamente en nuestra sociedad contemporánea es la procesión final que es realizada por la familia y los amigos, con el cuerpo del difunto desde la iglesia al cementerio. Aún con todas las interrupciones de tráfico

asociadas con nuestra vida moderna, en muchos lugares las procesiones fúnebres aún reciben la cortesía final de preferencia, una señal, un recordatorio público de que todos nosotros algún día participaremos de esta última procesión hacia nuestro lugar de reposo definitivo.

En la Plegaria Eucarística III, el sacerdote ora a Dios pidiendo que “fortalezca en la fe y el amor” a su “Iglesia peregrina en la tierra”. Viendo a la Iglesia como un pueblo en peregrinación, un pueblo viajando en procesión hacia la “nueva Jerusalén” (Ap 21: 2), que significa el cielo, ha sido una imagen honrada a través de nuestra historia religiosa (ver IGRM 318). De aquí que cualquier procesión que es parte de la liturgia, no es nunca meramente un medio práctico para mover la gente de un lugar a otro sino que siempre es un símbolo de nuestro itinerario hacia Dios y hacia la Jerusalén eternal.

Durante la Misa, hay varias procesiones, cada una de las cuales no solo tiene un propósito práctico sino también recordándonos que la Iglesia está siempre en camino. Al comienzo de la Misa se da normalmente una procesión de los ministros hacia el santuario y en algunos días especiales, tales como el Domingo de Ramos o en la Vigilia Pascual, esta procesión inicial incluye idealmente a toda la asamblea completa. Antes de la Proclamación del Evangelio, hay una procesión formal del diácono con el Libro de los Evangelios (algunas veces acompañado por el incienso y las velas) desde el altar al ambón mientras la asamblea gozosamente canta el Aleluya. Al comienzo de la Liturgia de la Eucaristía, representantes de la asamblea traen los dones del pan y del vino y a menudo la ofrenda económica desde el centro del templo hacia el altar. En la Comunión, la asamblea se acerca en procesión a la mesa del Señor para ser

alimentados por el cuerpo y la sangre de Cristo. Estas cuatro procesiones tienen todas un significado profundo y deben realizarse con la reverencia y la formalidad apropiadas a su lugar y propósito en la liturgia. Es por esta razón que el Misal prescribe himnos para que sean cantados por todos mientras se realizan estas procesiones (IGMR 47, 175, 74, 86), cantos cuya intención es unir la asamblea en voz y espíritu.

Hay otra procesión de menor importancia que muy a menudo es puramente pragmática, la procesión final de los ministros desde el santuario a la sacristía (y de la asamblea del templo al mundo). Típicamente, hay poca referencia a ella, en un sentido real, porque es anti-climática y primariamente funcional, y esta es una de las razones por la que el Misal Romano nunca menciona ninguna clase de himno asociado a esta procesión final (p.e., IGMR 169, 186, 193). Sin embargo, en dos oportunidades, esta procesión final tiene un significado especial y hay himnos que se prescriben para ello: al final de la Misa del Funeral cuando los restos del difunto son llevados del templo al cementerio para su sepelio, y al final de la Misa de la Cena del Señor, cuando el Santísimo Sacramento es llevado desde el altar al lugar en que se reserva.

Nuestros ritos litúrgicos están llenos de símbolos, pero acostumbrados como estamos a una cultura pragmática, de centrarnos en las palabras, tendemos a desvalorizar el significado de los símbolos que hablan, usualmente no verbales. Jesús nos ha recordado que Él es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14: 6). Las procesiones en nuestras liturgias son un recordatorio continuo de la invitación que se nos ha hecho a reunirnos juntos en el seguimiento de Jesús, nuestro camino al Padre, a lo largo de las etapas de la vida.